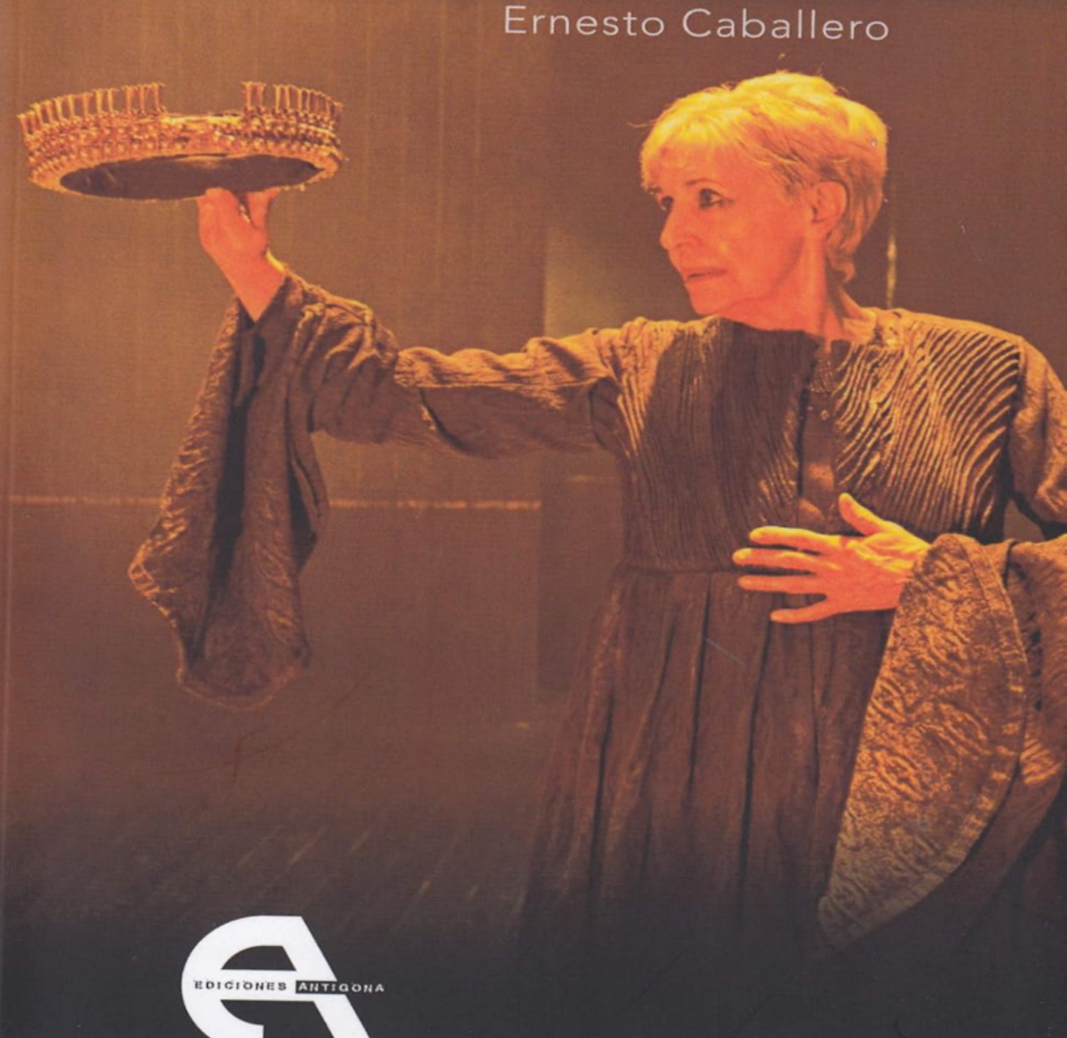
REINA JUANA

Ernesto Caballero



EDICIONES ANTIGONA

Ernesto Caballero
REINA JUANA

Juana I de Castilla en el juego de tronos

«Princesa enamorada sin ser correspondida. / Clavel rojo en un valle profundo y desolado. / La tumba que te guarda rezuma tu tristeza / a través de los ojos que ha abierto sobre el mármol». Con estos versos comienza el conmovedor poema que Federico García Lorca dedicó a Juana I de Castilla (Toledo, 1479-Tordesillas, 1555), la tercera hija de los Reyes Católicos, y una de las figuras que, sin duda, más ha calado en el imaginario colectivo español. Y, de manera paralela, que más controversia ha suscitado. Ha pasado a la Historia conocida como Juana, «la Loca», aquejada de una supuesta inestabilidad psíquica de la que, según algunos, habría dado muestras prácticamente desde su adolescencia, y que se agravó hasta el *summun* a raíz de la muerte de su esposo, el archiduque Felipe de Habsburgo (Brujas, 1478-Hurgos, 1506), apodado «el Hermoso», a quien profesaba un amor impetuoso y apasionado, que surgió a primera vista al conocerle con poco más de quince años, y con el que contrajo matrimonio en 1496, fruto del cual fueron seis hijos. Un amor que Juana mantuvo contra viento y marea, a pesar de las continuas infidelidades de su marido, que pronto dejó de corresponderla. Al fallecer Felipe en extrañas circunstancias —lo que propició la idea de que fue envenenado por su suegro, Fernando el Católico, en una lucha por el poder — , Juana paseó su cadáver embalsamado durante ocho meses por las gélidas tierras castellanas. La tétrica procesión causó extraordinario asombro entre las gentes, apuntalando esa atribuida demencia a la soberana.

Juana I de Castilla ha atraído a numerosos creadores que la inmortalizaron en sus lienzos y en sus textos. Así, pintores como el francés Charles de Steuben o el español Francisco Padilla y Ortiz, que le dedicó dos cuadros custodiados en el Museo del Prado. Asimismo, ha protagonizado un considerable número de novelas históricas —la última, *Juana la Loca: la Reina que nadie amó,* de Brígida Gallego-Coín —, y en teatro no debe olvidarse a Benito Pérez Galdós, y su *Santa Juana de Castilla,* estrenada el 8 de mayo de 1918 en el Teatro de la Princesa de Madrid —hoy Teatro María Guerrero — , y con la mítica actriz Margarita Xirgu encarnando a la desdichada monarca. Antes, en 1855, había subido a las tablas *La locura de amor,* de Manuel Tamayo y Baus, pieza que quizá como ninguna otra revistió a Juana de un halo romántico, y en la que se inspiraron los filmes *Locura de amor* (1909), de los pioneros Ricardo de Baños y Alberto Marro; el especialmente célebre *Locura de amor* (1948), de Juan de Orduña, con Aurora Bautista y Fernando Rey en sus papeles principales; y *Juana la Loca* (2001),

de Vicente Aranda, protagonizada por Pilar López de Ayala. Por otro lado, entre otras piezas, en *Los comuneros,* de Ana Diosdado, la reina Juana es uno de sus personajes principales. Pero la fascinación por su figura no se ha agotado ni para los creadores ni para el público.

Cumplido ejemplo de ello lo ofrece la extraordinaria obra *Reina Juana,* de Ernesto Caballero, actual responsable del Centro Dramático Nacional (CDN) e imprescindible dramaturgo y director de escena de nuestro teatro de hoy. Caballero tiene en su haber en su dilatada y brillante trayectoria — reconocida por numerosos galardones — , más de cincuenta piezas: *Squash, Solo para Paquita, Auto, Un busto al cuerpo, Te quiero, muñeca, Naces consumes mueres, Matrioskas, la autora de Las Meninas...,* y ha dirigido entre otros muchos montajes los *de Sainetes,* de Ramón de la Cruz, *Doña Perfecta,* de Pérez Galdós, *La tortuga de Darwin,* de Juan Mayorga, *Montenegro,* de Valle-Inclán, *Rinoceronte,* de Ionesco, *En la vida todo es verdad y todo mentira,* de Calderón, y *El laberinto mágico,* de Max Aub.

Ahora Ernesto Caballero da una deslumbrante vuelta de tuerca a cómo generalmente se ha abordado a Juana I de Castilla. Empezando por el título de su pieza, pues no resulta baladí que sea *Reina Juana* y no Juana la Loca. El dramaturgo madrileño nos presenta a una Juana poliédrica, y, sobre todo, imbuida de sabiduría y lucidez, conocedora de las añagazas del poder y de su instinto manipulador y depredador, camuflado con la razón de Estado: «Mi padre acaba de proclamar mi incapacidad. Lo mismo que Felipe; ambos aspiran al trono de Castilla. Ahora lo veo todo con claridad. Como en el juego de escaques ambos pretenden anular a la Reina».

Una Juana compleja, rica en matices, porque, ciertamente, según ella misma nos dice, «el odio y el amor están tan próximos... como el juicio y la locura... contenidos el uno en el otro... como el Bien y el Mal». Una Juana que combina el desengaño con la vitalidad que, pese a todo, conserva hasta en sus últimos momentos, reflejados en *Reina Juana.* La gran actriz Concha Velasco —a la que Caballero dedica su obra con bellas palabras: «A Concha Velasco, también reina castellana de la escena y de la vida» — , logra transmitirnos lodos esos matices, toda una tonalidad de estados de ánimo, en una interpretación memorable, bajo la espléndida dirección de Gerardo Vera.

La obra de Caballero está escrita con un intenso lenguaje de gran altura, y de resonancias poéticas. Así, por ejemplo, cuando Juana rememora sus encuentros amorosos con Felipe: «Su entrada en la alcoba con la mirada desconcertada, tendiéndome las manos que yo tomaba y posaba sobre mi vientre, y sobre mis pechos hasta que nuestros labios chocaban como espadas encendiendo los cuerpos, la sangre y la simiente», que nos evoca el poemario de Vicente Aleixandre *Espadas como labios.*

Reina Juana (Oratorio dramático) es mucho más que un monólogo. En la que es prácticamente una celda del imponente y a la vez sobrio palacio de la localidad vallisoletana de Tordesillas — donde Juana permanece recluida durante cerca de cincuenta años por orden de su padre, y después de su hijo y

de su nieto —, la soberana está y no está sola. Su nieto, el emperador Felipe II, pide al padre Francisco de Borja que vaya a ver a su abuela no solo para comprobar su grado de desequilibrio psíquico sino ante los rumores de que ha abrazado el luteranismo o de que incluso ha caído en manos de Satanás. Es la madrugada del 11 al 12 de abril de 1555, el instante de su muerte, Juana realiza una larga y atípica confesión, de lo que ella misma es consciente: «En esta ocasión se trata de una confesión bastante excepcional porque el sagrado secreto del confesor va a ser quebrantado. ¿No es así, padre? Va a ser quebrantado al ser mi nieto, Felipe, el destinatario de mi testimonio».

Pero la singularidad de esta confesión no viene únicamente por eso. En ella, Juana evoca etapas decisivas de su vida: su accidentado viaje a Flandes para casarse con Felipe; la pasión, los celos, los sentimientos contradictorios —«Escúcheme bien, padre: no sabe cuánto llegué a odiar a Felipe, sobre todo cuando se convirtió en rey, tanto como llegué a desearlo»—; el acarreo de su cadáver, que en la pieza de Ernesto Caballero cobra nuevo sentido: «Quise vagar con el cuerpo insepulto de mi marido como la más insondable de las protestas»; la visita de los Comuneros, cuya propuesta de restituirle la Corona Juana rechaza — «El poder es atributo del Maligno, lo supe ver en la cara de esos jóvenes comuneros que acudieron radiantes ante mí para que encabezara su revuelta» — ; su encierro en Tordesillas y la actuación de las dueñas que se comportan como déspotas cancerberas. Y recuerda a todos los que marcaron su existencia. Sus fantasmagóricas presencias la acompañan y la cercan: «Hablo con ellos como lo estoy haciendo con usted, padre Francisco... Ellos, como usted, se presentan ante mí para confortarme con su compañía... Aquí están todos».

Ha declarado Ernesto Caballero que en su obra quiso huir «del melodrama romántico, del efectismo», y otorgar a su personaje las dimensiones shakespereanas que sin duda posee. Y ha conseguido con creces sus propósitos. *Reina Juana* es un drama potente y a la par contenido. Nos sumerge en el fondo del alma de una Juana que sentimos muy cerca de nosotros. Todos intentaron acallar su voz, convertirla en una débil sombra, en la perdedora de un juego de tronos de desatadas ambiciones de poder. Pero Juana, en realidad, no perdió: «Me moriré siendo reina pero no gobernaré jamás, ese es mi gran triunfo» proclama con orgullo. Esta soberbia pieza de Ernesto Caballero nos muestra esa imperecedera victoria.

Carmen
R. Santos

REINA JUANA

(Oratorio dramático)

A Concha Velasco,
también reina castellana de la escena y de la vida

DRAMATIS PERSONAE
Reina Juana

JUANA: Me descuido, lo descuido todo, también mis obligaciones religiosas. Cuánto hace que no me confieso. Lo necesito. Necesito saber cuál de mis pecados ocupa el lugar principal en lo que pueda quedar de mi alma. Cuál puede ser mi pecado original. ¿La locura? No, la locura, no. La locura exime del pecado, la locura puede llevarte a admitir culpas infundadas. Mi pecado por el que padezco esta condena desde hace años. Sí, estoy dispuesta al sacramento de la confesión.

Ave María Purísima, ¿se dice así, padre? Ya no recuerdo. Ha pasado tanto tiempo... y de pequeña tampoco recibí una educación muy ortodoxa. Pronto aprendí las lenguas griegas y latinas, y también el arte y la forma de pensar de aquella gente pagana. Sí, aún hoy podría mantener una conversación en la lengua de Séneca, o si lo prefiere en la del divino Agustín. Aunque una confesión siempre será más sincera en la lengua natural, en la lengua de la infancia, en la lengua de los sueños...

Confesión: acción y efecto de admitir una culpa... Bien, aquí me tiene, padre, dispuesta a ello; ahora bien, en esta ocasión se trata de una confesión bastante excepcional porque el sagrado secreto del confesor va a ser quebrantado. ¿No es así, padre? Va a ser quebrantado al ser mi nieto, Felipe, el destinatario de mi testimonio. Así que, padre, le ha surgido un inesperado intermediario en su comunicación con el Altísimo, a no ser que mi nieto Felipe, haya logrado finalmente suplantar al Sumo Hacedor, después de todo, el mismo se jacta de que en su Imperio no se pone el Sol.

Mi nieto Felipe, la encarnación de Dios en la Tierra por encima de papas y prelados. Disculpe si le ofendo, padre; esa señal de la cruz solo la he visto hacer delante de endemoniados, de gente sospechosa de tener tratos con el Maligno, de eso también se me ha acusado, como bien sabe, padre, usted está aquí para saber si es verdad eso que se dice de mí, que estoy poseída por Él. ¿Acaso no es esa la encomienda de mi nieto, el buen rey Felipe? Qué más da... usted me pide este testimonio y yo se lo voy a conceder... y también le voy a solicitar el perdón, el supremo perdón de Nuestro Señor para la salvación de mi alma.

Se ríe ella sola.

Endemoniada, ¿por qué? Porque doy voces, porque hablo sola... Lo aprendí de mi abuela Isabel, allí en Arévalo, donde vivía recluida; ella, sí, mi abuela... Tiene gracia... Acaso una herencia familiar, esto de la reclusión... Mi abuela Isabel también hablaba sola. La escuchaba de pequeña durante las visitas en aquel frío castillo de Arévalo. ¿A quién le habla la abuela? Le preguntaba inocente a mi madre, la reina Isabel, ¿a quién le habla la abuela? A nadie, Juana, a nadie, la pobre ha perdido el juicio desde que murió tu abuelo, el rey Juan. ¿Y quién es ese Alvaro? No hace otra cosa que hablar con Alvaro, es como si estuviera ese Alvaro aquí en la sala con nosotras... Ya basta de locuras. Tu abuela no le habla a nadie. ¿A nadie? ¿Se puede hablar a nadie?... Eso le pregunté ya en la Corte a Grinaldino, mi preceptor; le pregunté en latín. Me respondió que se trataba de algo imposible porque el acto de hablar presupone una presencia a la que van dirigidas nuestras palabras, y que la oración es el más alto ejemplo de ello. Una presencia a la que van dirigidas nuestras palabras, una presencia que se hace real por obra y gracia del verbo y de la voluntad. Gran lección de Grinaldino.

Entonces, a mis catorce años recién cumplidos empecé a sospechar que mi abuela Isabel hablaba realmente con ese Alvaro de Luna, el gran condestable de Castilla que murió decapitado en la plaza Mayor de Valladolid cuando cayó en desgracia del rey, de quien había sido tan amigo y favorito. Se dice que la responsable de sembrar la cizaña entre ellos fue una mujer muy cercana al buen rey Juan. ¿Su esposa? ¿Su hija? Nunca lo supe, lo que si me resultaba evidente es que mi abuela le hablaba con mucha más convicción, más de la que ponía en su monótona conversación con nosotras, su hija y su nieta.

Y entonces advertí el gran poder de la palabra, una palabra que podía incluso volver a insuflar vida a la carne muerta... como nuestro Señor hizo con Lázaro. Porque Nuestro Señor creía en la fuerza de la palabra, y su ejemplo ha sido para mí decisivo ya desde niña... Por eso hablo, hablo, hablo con Felipe, mi esposo... y con Catalina, mi hija... y también con mi hijo Carlos... y con mi nieto Felipe, tan preocupado por la salvación de nuestras almas... Hablo con ellos como lo estoy haciendo con usted, padre Francisco... Ellos, como usted, se presentan ante mí para confortarme con su compañía... Aquí están todos...

Queda unos instantes transida contemplando esas presencias.

Usted me conforta, padre... A pesar de lo que se vaya diciendo de mí, a pesar de mi fama de trastornada o de terrible se discernir las almas; siempre he podido vislumbrar esa luz que algunos, muy pocos, llevan consigo: la luz de la santidad. Puedo distinguirla padre, la veo en usted, enorme, resplandeciente... como también distingo la luz negra del Infierno que envuelve a todas esas dueñas que han puesto a mi servicio. ¿A mi servicio? Prefiero ser atendida por las chovas que anidan en los torreones de esta fortaleza, esas dueñas sí son brujas, las mismas que encantaron a Felipe, mi

amado esposo... pero al final, padre, al final sabré vencerlas, lo mismo que a esos condes de Denia y todos esos cortesanos que fruncen el ceño fingiendo preocupación por «mi estado», esos, todos ellos son hijos del Maligno. Los conozco bien, el mundo está repleto de ellos, hombres y mujeres con una luz negra que saben disimular ante los demás, pero no ante mí, padre, porque poseo ese don padre, no me enorgullezco de ello, pero es la verdad, y son pocos quienes no han caído en ese pozo de luz negra, y el poder, padre, el poder terrenal puede hacer perder el alma a esos pocos hombres excepcionales, lo sé, padre, lo he visto muy cerca, lo he visto en mi propio padre, el querido rey Fernando, Dios lo tenga en su Gloria... Nadie me anunció su fallecimiento, al parecer, así lo dispuso él mismo; por ello para mí sigue vivo, como mi amado Felipe, como mi madre Isabel, como tantos otros con los que hablo, con los que llevo hablando durante todos estos años. Mi santa compaña familiar.

Se dirige ahora a un quimérico grupo de presencias invisibles integrándose en una tenue e incomprensible conversación. Al cabo, retoma el relato de su confesión.

El poder es atributo del Maligno, lo supe ver en la cara de esos jóvenes comuneros que acudieron radiantes ante mí para que encabezara su revuelta. «Sí... sí... estad aquí a mí servicio y avisadme y castigad a los malos, que en verdad yo os tengo mucha obligación...».

Aquellas palabras constan en las actas, y es verdad, me gustaban esos jóvenes airados y entendía su indignación. Castilla y Aragón en manos de extranjeros. Me pregunto qué es exactamente un extranjero, cuándo se convierte alguien en un extranjero, cómo se construye un extranjero, para quién es uno un extranjero...

Desde el momento de nacer; todos nacemos extranjeros a un mundo que nos precede y que no nos pertenece, y entonces empezamos a preguntarnos por qué, pregunta que no he dejado de hacerme hasta ahora. ¿Por qué? La gran pregunta que nos hace racionales puede volvernos locos, locos por encontrar un sentido a las cosas... ¿Por qué? De nuevo el pecado original, ¿verdad, padre?

«Tú, tierra de Castilla, muy desgraciada y maldita eres al sufrir que un tan noble reino como eres, sea gobernado por quienes no te tienen amor».

Hermosas palabras clavadas en las puertas de las iglesias.

Nada ni nadie debiera ser gobernado sin amor, sin él todo se convierte en algo extraño, extranjero, monstruoso...

Aquellos jóvenes querían cambiar el mundo, hacerlo más justo, se sentían fuertes, confiados, conscientes de que los vientos de la Historia soplaban a su favor. Una luminosa mañana entraron en Tordesillas y se pusieron a mi servicio.

«Si... si... estad aquí a mi servicio y avisadme e castigad a los malos, que en verdad yo os tengo mucha obligación...» les dije, y aún algo más que no

consta en las actas...

Andad con cuidado de lo que acontece en la villa de Dueñas pues sus gentes se están uniendo a vuestra causa pero no para luchar contra mi hijo y sus vasallos sino en contra de los nobles del lugar, los condes de Buendía, y mirad que son bien poderosos pues que son nobles y que ahora se pondrán en contra vuestra, y ello puede hacer que vuestro sueño termine en un cadalso.

Eso fue lo que les dije y que ningún escribano recogió. Al cabo de un largo silencio, insistieron en su ofrecimiento.

Renuncié.

Me moriré siendo reina pero no gobernaré jamás, ese es mi gran triunfo. De haber vencido aquellos enardecidos jóvenes hubieran terminado convertidos en despiadados cuervos, estoy segura de ello y de que con mi renuncia contribuí a salvar sus almas... También vienen a visitarme... y conversamos. .. y nos reímos... cabecillas locas...

Vuelve a abstraerse.

Abrázame, madre, no, no me sueltes, madre, tengo miedo a las aguas, nunca he navegado y aquí, de noche, en este navio a punto de zarpar... madre, por qué tan lejos... La santa alianza contra Francia, no lo entiendo, madre, solo tengo dieciséis años, puede que lo entienda algún día, madre, o puede que nunca, que nunca entienda esas razones superiores de los gobiernos.

Llueve... Me gusta la lluvia... Recibir su bautizo... Afuera llueve, llueve en Laredo. Quiero que siga lloviendo siempre, siempre, para no tener que zarpar, para no tener que separarme de ti, madre, ahora solo madre, no reina. Dime por qué, madre, has consentido esta boda en tierras lejanas con un desconocido... ya sé que mi padre también fue en su momento un desconocido para ti, pero, madre, mi futuro esposo, ese desconocido de las tierras flamencas, ni siquiera habla nuestro idioma, madre, tengo miedo de convertirme en otra, de que no me reconozcas cuando volvamos a vernos... Más no temáis, sé cuáles son mis responsabilidades como infanta de Castilla, sabré estar a la altura con orgullo y dignidad: representaré a la reina Isabel y al rey Fernando en aquellos reinos, pondré todo de mi parte... Pero ahora tengo miedo a la tormenta, al frío, a lo desconocido... a ese momento en que me voy a encontrar a solas con mi futuro marido, del que solo sé que nació en la ciudad de Brujas, que apenas me lleva dos años y que solo habla en francés. No te preocupes, madre, jamás vislumbrará un ápice de temor en mí, todo el miedo que tengo lo vuelco ahora en este abrazo, en esta lluvia interminable sobre el mar de Laredo, en estas lágrimas derramadas sobre la húmeda madera de este navío que pronto me llevará a cumplir mi destino... Madre, gracias por venir a despedirme. Te quiero.

El bravo mar como un obstinado presagio, como un punzante espejo en que solo se ve reflejado mi propio temor, la mar arisca y altanera riéndose de todas las plegarias, mofándose del modo con que la tripulación trata vanamente de rehuir el miedo. El estrépito de la mar dejándose oír en las

voces de todos cuantos perecieron en sus fauces, adoptando las formas de aquellas almas infortunadas en el acechante y oscuro oleaje... El mar, como un estandarte negro de la muerte, como el amor: ávido, tenaz, devastador.

Viaje largo, la tormenta nos desvía a las costas de Inglaterra donde nos reciben como bandidos hasta que descubren quienes somos. El rey, por fin, llega a darnos la bienvenida. Al cabo de unos días volvemos a zarpar y, finalmente llegamos a nuestro destino: El puerto de Middelburg, y allí la larga espera de un temido encuentro que parece nunca llegar. Tampoco parece tocar fin el desembarco de enseres, regalos y provisiones que provocan el asombro y admiración de aquellas gentes. La grandeza de un reino no solo se advierte mediante la exhibición de huestes armadas sino con la magnificencia de las cosas mundanas, desde las viandas al bordado de las sábanas. Traté de distraerme contemplando aquella suntuosa almoneda que se iba acumulando en el puerto ante los ojos maravillados de las gentes del lugar.

Por fin, me comunican que el archiduque, mi futuro esposo, se acerca cabalgando desde la región del Tirol, que nuestro encuentro está previsto en una pequeña ciudad no lejos de Amberes.

Emprendemos el camino por aquellas tierras y entre aquellas gentes tan diferentes a las tierras y las gentes castellanas. A pesar de que el cielo está permanentemente nublado todo me parece que tiene más color, colores que resaltan sobre las verdes campiñas, la pintura en las vigas de los edificios, el atuendo de los cortesanos, los paños de las campesinas que nos saludan al pasar, incluso las gallinas me parecen tener riquísimos matices en su plumaje, y qué hermosas y grandes son.

Y por fin...

Felipe...

Nos vimos en Lierre...

Felipe...

Reímos y suspiramos a un mismo tiempo...

No, primero suspiramos y después sonreímos a la vez.

Se acercó, me tomó la mano y me dijo galantemente: *«enchante beu princesse»*.

Le solté entonces de carrerilla todas las palabras de protocolo que había tenido que memorizar y él volvió a sonreír y me respondió en un esforzado castellano: «para mí también es un placer conoceros». Después se celebró una pequeña fiesta en nuestro honor. Y se sirvieron sabrosas viandas y piezas de cacería abatidas por el propio archiduque, y vinos de Flandes, y bailes alegres y atrevidos. Todos los que participaban hacían gala de una conducta desenvuelta muy chocante a nuestros ojos, especialmente a los del padre Matienzo que no podía disimular su incomodidad... Qué risa.

De repente el archiduque manda parar a los músicos, se sube a un estrado y ordena a viva voz que hagan llegar a un sacerdote porque desea contraer matrimonio con la bella infanta de Castilla, esa misma noche... Teníais que haber visto la cara de Matienzo, apenas balbució unas palabras de

desaprobación que en seguida fueron ahogadas por la música y la zambra reiniciadas ante el gesto airoso y resuelto del archiduque. Todos exultaban alegría: dueñas, sirvientes, cortesanos, todos, también esa joven infanta que sin ser muy consciente de ello empezaba a flotar en una nube de dicha e irrealidad.

Y aquella misma noche... la bendición, la inesperada bendición del cuerpo, de nuestros cuerpos jóvenes... la revelación... De repente, tal y como les había sucedido a aquellos intrépidos viajeros de Indias, de repente, el asombro ante el descubrimiento de la carne se me ungió como una bienaventuranza... Bienaventurados los que se entregan en cuerpo y alma en los brazos del prójimo porque de ellos será el reino del Amor... Algo así me susurraste Felipe, ¿recuerdas?...

Bienaventurados los que se entregan en cuerpo y alma en los brazos del prójimo porque de ellos será el reino del Amor.

Solos tú y yo, Felipe, un árbol con dos troncos y un mismo corazón.

Y, por supuesto, también Flandes y Castilla unidas, amándose, regocijándose, fornicando impetuosamente sobre el lecho de la infame Francia.

Solos.

Los dos.

Sin nadie más.

De pronto parece muy desasosegada.

Fuera, fuera, brujas...

No me engañáis, bajo vuestra apariencia de rendidas dueñas os puedo ver el alma oscura... dejadme, dejadme... os veo... nacisteis malditas, impuras, renegridas, os mortifica tener la obligación de asistirme, por eso os habéis convertido en servidoras del Maligno, por eso vuestras lisonjas saben a ortigas y vuestros tocados esconden flores de ceniza... podéis burlaros de mí, pero sé bien lo que esconde vuestra risotada de cornejas, la inquina de quienes nunca han conocido ni conocerán la alegría... fuera, fuera de aquí, brujas, dueñas malparidas, que os amamantasteis con la leche del resentimiento y escupís hojas secas de frustración... fuera, fuera, fuera...

Se agazapa en un rincón como si estuviera de parto.

Ya... ya... Dios mío, ayúdame... ayúdame... Ya... ya.

Ahora más tranquila acuna apaciblemente a sus hijos.

Leonor... Carlos... Isabel... Fernando... María... Catalina...

Catalina...

Mis hijos... qué dura se me hacía su ausencia. Mandé hacer retratos de todos ellos, me acompañaba tanto su imagen; los pobres, condenados como yo a las nobles obligaciones del Estado, condenados, esa es la palabra, padre,

porque el Poder es una condena, porque no es otro ese Demonio que tanto obsesiona a mi nieto, corrompe a las personas, las posee, las transforma en seres sin alma, así, Felipe, mi nieto.

Lo he visto muy cerca, hasta la buena de mi madre que me encerró en Medina del Campo, en una fortaleza muy parecida a esta de Tordesillas. Y mi padre... el buen rey católico sacrificó su alma... En cambio yo, ahora, con el cuerpo consumido pero con el alma intacta, yo, la loca, la terrible, pero conservando, día a día, el alma... sin ceder a la tentación, incluso cuando esos valerosos jóvenes de las Comunidades de Castilla me alentaban a ser su soberana... no, yo conocía las consecuencias.

Fui feliz en Flandes, viviendo plenamente el amor, y eso que tuve que cortar alguna que otra trenza rubia, Felipe tenía la sangre demasiado caliente. A pesar de ello, le veía como un candido pichón de esos que fácilmente caían enviscados en las redes tendidas durante sus partidas de caza.

Y sí, el temor a perder su atención acrecentó en mí el sentimiento de los celos, un sentimiento que hubiera deseado no padecer y del que ahora me arrepiento. Pero ¿se puede uno arrepentir de un sentimiento? ¿Puede ser pecado sentir?...

Créame, padre, a pesar de todo, por entonces me sentía la mujer más afortunada de la tierra porque Felipe, el esposo que me había tocado en suerte en el juego de escaques entre las monarquías europeas, Felipe, tenía luz, no la luz de los santos pero sí la de los ángeles, y sí, era hermoso, Felipe, mi ángel carnal. Aunque mordió el fruto envenenado del poder.

Y quiso ser rey por encima de todo.

Queda suspendida, desorientada.

¿Esas campanas?
Ha muerto mi sobrino Miguel, el heredero. Soy
ahora la heredera, la princesa Juana.
Somos, dice Felipe que no está dispuesto a figurar
solo como príncipe consorte.
Y empieza el infortunio...
Y la gran corrupción.
Malditos sean los podridos.
Tú no, Felipe, tú nunca...
Felipe, tú no.

La carne amada nunca se corrompe, porque en ese instante de muerte compartida sellamos con los labios nuestra inmortalidad.

También hay ciudades inmortales. París, qué bella ciudad, y cómo nos recibió el pueblo y la Corte. El rey francés siente debilidad por Felipe (le tilda de hermoso). Hay algo forzado en tanto agasajo, no me gusta. En el fondo me parece denigrante el trato, no entro en el juego, rompo los protocolos en las recepciones, me divierto... Mi esposo trata de justificar mi altivez, insinúa una consustancial rudeza en las gentes de Castilla... Eso me exaspera, empiezo a

entender que no ajustarse a las reglas de la Corte te puede convertir en alguien extravagante... un loco. Qué dicha cuando traspasamos por fin los Pirineos. Felipe no habla nada de castellano, mis padres nada de francés... Y nuestras vestimentas, qué contraste, nosotros ataviados con lujosos terciopelos y brocados de oro, y ellos, mis padres, con sus humildes sayas de lana...

Felipe está incómodo, no termina de adaptarse a nuestras costumbres, aunque en pocos días logra cautivar los corazones de muchos castellanos y también, y sobre todo, de muchas castellanas.

Tañen las campanas.

¿Estás contento, amor mío? Ha sido una ceremonia muy emocionante en la magnífica catedral de Toledo. Ahora soy la heredera, Felipe... baila con la heredera... acércate, vamos, así... ¿puedes sentirme? ¿Y a nuestra criatura que llevo en las entrañas? ¿Puedes sentirla, Felipe? Si nace varón lo llamaremos Fernando, como su abuelo... Felipe, también yo quiero regresar a Flandes para estar con nuestros hijos pero no me lo permiten, mis padres, no lo creen conveniente y mucho menos el todopoderoso Cisneros, regente supremo de Castilla, gobernando católicamente sobre las voluntades de todos los súbditos del Reino... También sobre la de sus soberanos...

Y ahora solo escucho sermones sobre lo que parece una nueva virtud que eclipse a todas las demás virtudes: la prudencia... Esa cantinela en boca de toda la Corte es un ariete que irrumpe cada vez con mayor ímpetu en mi cabeza... prudencia, prudencia, prudencia... hasta que logra romperme y me hace capitular. No es prudente viajar en mi estado...

No debo viajar...

No, no debo...

No.

¿Y ahora? ¿Por qué? ¿Por qué este encierro en la Mota ahora que ya ha nacido mi hijo?

No voy a dejar de gritar…

No voy a dejar de ayunar…

No voy a apartarme de la puerta del castillo ni de día ni de noche...

Hace mucho frío... mucho frío.

«La disposición de la señora Princesa es tal que solamente a quien tanto la quiere debe dar mucha pena, más a cualquiera, aunque fuesen extraños...». Sentencian los doctores, incapaces de evitar mi mal dormir, mi mal comer, mi sombrío silencio.

Lee.

«Sueño... Sueño...
Suave nodriza de la Naturaleza,
¿Por qué te he espantado?
¿Por qué ya no quieres cerrar mis párpados

y remojar mis sentidos en el olvido?».

El sueño no quiere protegerme, espero desconsolada su protectora visita, pero no llega... Sí lo hacen las oscuras voces de los presagios, imágenes tortuosas de un futuro acechante... Me envuelven en la noche infaustos temores como los gusanos en la caja fría, y espero anhelante que la luz del alba disipe esas sombras de desesperanza.

Por fin canta un gallo, se oyen las campanas, me yergo del lecho y vuelvo a caer. La luz no ha traído tregua que apacigüe mi desasosiego, y ahora me siento como un álamo débil en que se han incrustado láminas de hielo por todo resquicio de su esqueleto... y el hielo es un vidrio que parte las ramas, el tronco y la sangre del mísero árbol que aguanta inclemencias perdido en el monte.

Me duelen los huesos que van a quebrarse. El dolor es nuestro, igual que la muerte: Solo nuestro, nadie puede arrebatárnoslo. Es lo único cierto: espejo fatal donde puedes verte figura real dentro de un retablo. Me quito la ropa para no quebrarme, no quiero ni un paño en mi cuerpo frágil. No quiero consejas de mis servidores, murmullos que prenden todos en el pelo... Tengo que lavarme, tengo que limpiar la roña que dejan sus reconvenciones, que vuelva el Diluvio reclamo a voces, que inunde Castilla la lluvia constante y anegue el pecado y a los pecadores... Un Bautismo inmenso en Castilla, en Flandes y en las nuevas tierras allende los mares. Tengo que lavarme, tengo que lavarme...

Acude mi madre. Nunca me había visto así, tampoco yo a ella tan desfigurada. La insulto... la escupo... maldigo...

La reina me besa la frente y antes de marchar promete dejarme partir.

Nunca más volvería a verla.

Navego de nuevo hacia aquellas lejanas tierras donde abrasada de amor, moriré de celos. Felipe, basta por favor, basta... ¿Por qué me recibes así? Felipe, ábreme... soy tu esposa, la heredera al trono de Castilla... todos lo han visto, Felipe, todos han visto cómo me has maltratado... y ahora me encierras en este aposento. ¿Así me recibes, Felipe? ¿Estas son las ansias de verme que manifestabas en tus cartas? ¿Qué ha pasado, Felipe? ¿Soy un estorbo para ti?

Sí, lo soy, un estorbo en el trono. Has convencido a todos de que eres el legítimo heredero, y yo, tan solo, la obligada consorte del monarca. Apenas un adorno más de tu alegre cortejo de damas que te agasajan como a un príncipe moro. Felipe, el infiel. Y aún me acusas de haberme ensañado con ellas que delante de su señora se pavoneaban de tenerte hechizado. Y esas risas veladas traspasándome. Tenía que haberlas rapado con mis tijeras como hice con esa rubicunda, cómo llamarla... tu favorita... Esta trenza rubia es la terrible serpiente que condenó a nuestros primeros padres. Y una áspera soga que me va asfixiando, que me va asfixiando...

Repican campanas.

El amor, lo aprendí del poeta, es una fuerza tan fuerte que fuerza toda

razón; una porfía gozosa que no se puede vencer, cuya fuerza porfiosa hacemos más poderosa al querernos defender.

Nunca quise defenderme, siempre estuve dispuesta a librar la batalla del deseo hasta la derrota final.

Vencer sucumbiendo en el dulce lecho impregnado de su olor y su aliento. La espera anhelante del amado puede ser un arte aunque también un suplicio. Fui maestra en ello. Imaginaba su futura presencia, su entrada en la alcoba con la mirada desconcertada, tendiéndome las manos que yo tomaba y posaba sobre mi vientre, y sobre mis pechos hasta que nuestros labios chocaban como espadas encendiendo los cuerpos, la sangre y la simiente. Y ya dentro de mí sabía que esa no era una efímera plenitud como, perdone padre, como me habían hecho creer, sino que ese momento era eterno y ni el tiempo ni la Parca podrían contra extinguirlo. Así lo creía y así lo sigo creyendo porque no sigo sintiéndome poseída. Porque, espero que me perdone, padre, pero de ese Paraíso nadie, ningún dios, puede expulsarme.

Por eso refuté esa muerte que todos apreciaban erradamente. Por eso ordené cambiar el rumbo de aquel catafalco... En lugar de Granada su cuerpo debía dirigirse el Norte. Y emprendimos la marcha, y los frutos reverdecían a su paso y los pájaros cantaban más exultantes que nunca himnos de Resurrección. Aunque también, y ahora así debo confesarlo, padre, también sufría su ausencia con un desgarro y una desesperación estremecedoras. Terminaba abrazando almohadones da plumas que desgarraba a dentelladas, descolgaba tapices a los que me abrazaba con desesperación, besaba mi propia sombra en la pared como si fuera la suya y buscaba entre los pliegues de las sábanas y de mis atuendos el rastro de su olor inconfundible.

Campanadas fúnebres.

Mi madre ha muerto.

Ha muerto la reina Isabel.

Ya soy Juana, reina de Castilla.

Su testamento: que mi padre, el rey Fernando, reine hasta que mi hijo Carlos sea mayor de edad... en caso de que la Princesa Juana no quisiere o no pudiere entender en la gobernación de los Reinos. Mi padre acaba de proclamar mi incapacidad. Lo mismo que Felipe; ambos aspiran al trono de Castilla.

Ahora lo veo todo con claridad. Como en el juego de escaques ambos pretenden anular a la Reina. Y yo, Juana, hija; Juana, esposa, me voy extinguiendo en sus corazones como el humo de las hogueras que al ascender se desvanece.

El odio y el amor están tan próximos... como el juicio y la locura... contenidos el uno en el otro... como el Bien y el Mal.

¿Cree que a estas alturas temo al Santo Oficio? Además, al Santo Oficio no le preocupa mucho lo que piensen o crean las personas, es más, ni siquiera le preocupan lo que estas hagan, lo que verdaderamente le preocupa es que lo

que se piense o lo que se haga se proclame públicamente. Pero en este caso, padre, estas palabras quedarán ahogadas entre estos muros y los del silencio que impone el secreto de confesión.

Villafáfila.

Siempre presentí ese infame acuerdo. Los veo como firman y declaran ante Dios, el Crucifijo y los Evangelios mi incapacidad mental.

Felipe se convierte en rey de Castilla y mi padre rey de Aragón y de Nápoles.

Los veo, los estoy viendo... Pero ellos son incapaces de reconocerme... No existo. Invisible como reina. Invisible como esposa. Invisible como mujer.

Padre, mírame, soy tu hija... Te has casado con tu sobrina Germaine. ¿Por qué nunca me dices nada? Sé por qué lo has hecho: quieres un primogénito que según lo dispuesto sería el legítimo heredero por encima de mi hijo Carlos. Y por supuesto de mi Felipe, a quien aborreces íntimamente, ¿no es así? Está bien, ya me retiro... Espero que todas esas pócimas y brebajes logren hacerte cumplir en el lecho como un joven varón.

Pobre padre mío, porfiando infructuosamente contra el Tiempo, el temible adversario, aniquilador de todos los imperios.

Pobre rey Fernando, quiere recuperar el poder sin provocar una guerra civil.

Felipe ya ha logrado el trono y el favor de los nobles castellanos, poco afectos a mis padres. Traslada la Corte a Burgos.

Se muestra radiante con todos pero me ignora, le incomoda mi presencia. Me recluye con mis esclavas moriscas. Nada me distingue de ellas.

¿Dónde está mi esposo?

Ha salido de cacería.

Dijo que vendría a visitarme.

Le diré que le esperáis, señora.

¿Dónde está mi esposo?

Se dispone al juego de pelota.

¿Le dijisteis que viniera a visitarme?

Sí, señora.

¿Y qué os dijo?

Nada, señora.

Felipe...

Silencio.

Los árabes han conseguido elaborar un arsénico que como el agua no sabe a nada...

Adopta la actitud de recibir una imaginaria lluvia al tiempo que recita como ausente los siguientes versos.

«Una fea llaga apareció en el blanco cuello soberano.

Nobles y doctores dijeron estar envenenado;
Del hígado altas fiebres subían y en su lecho hubo
de estar postrado.
Consultas, consejos, nada pudo recuperarlo.
La vida le habían arrebatado».

Llueve.

Bendita sea la lluvia.

Ahí está Felipe, sentado en el trono, velado por todos... Lo han dispuesto allí porque nadie acepta perder a su rey dos meses después de su proclamación. Embalsaman su cuerpo como si fuera uno de aquellos hermosos corzos que en su día abatiera. Le extraen el corazón y se lo llevan a Flandes. El corazón.

Aún me divierte recordar la leyenda que se difundió en el Norte. Decían que, sabedora de la afición del archiduque por coleccionar relojes, había ordenado introducir en su pecho uno de oro para escuchar su latir... tic-tac... tic-tac... y así pasaban las horas a él abrazada... absorta en ese tic-tac- tic-tac... Hermosa historia pero no veraz, esa ilusoria palpitación como un porfiado redoble fúnebre, las reiteradas aldabadas de la Muerte proclamando su fatal recordatorio: lo que late dejará de latir... no, nunca hubiera concebido esa maléfica industria.

Sin embargo, el silencio... el silencio del cuerpo amado es una señal esplendorosa de la vida eterna, como el silencio de nuestro Señor tras expirar en la cruz o el de los ángeles al abrirle el sepulcro... El silencio de nuestra propia torre interior. Y afuera los relojes-grillos en la noche de San Juan, la más corta del año. Cri-cri-cri.

Por unos instantes queda abstraída riéndose divertida hasta que regresa al recuerdo.

Disponed el féretro en un carruaje con escolta. Emprendemos viaje. Pernoctaremos en villas y conventos. Prohibo que se acerque ninguna mujer. Viajaremos siempre de noche.

«No le sienta bien a una viuda andar por los caminos a la luz del día, pues la gente no ha de verla. Una mujer honesta, después de haber perdido a su marido, que es su sol, debe huir de la luz del día».

Le siento dentro más vivo que nunca... Y sí, su corazón sigue latiendo en mi vientre dentro del cuerpecito de nuestra hija Catalina que ya llega al mundo... Ya llega... Ya llega...

Felipe, aquí está tu hija, puedes besarla... Catalina, besa a tu padre...

Que salga todo el cortejo. Dejadnos a solas a los tres. A los pocos días su abuelo nos visita y nos convence de que nos traslademos a Tordesillas. Nunca lo había visto llorar. Acepto que mi hijo Carlos quede a su cargo para que el infante sea instruido como futuro soberano. Catalina permanecerá conmigo.

Catalina, eres tan pequeña, tan buena...

Llegamos a Tordesillas. Desde las ventanas puedo divisar el convento de Santa Clara, donde descansa Felipe insepulto.

¡He dispuesto que no se acerque ninguna mujer!

¡Me da lo mismo! ¡Tampoco las monjas!

Y aquí, en Tordesillas viendo pasar los años, entretenida con pocos afanes, viendo crecer a Catalina, mi pequeña, iniciándola en el arte de la música como hicieron conmigo de niña.

La música, Catalina, está por encima de todos nosotros, los hombres que ansían el poder en el fondo son incapaces de apreciarla... Todos mis hijos amaban la música... Aún puedo escuchar sus jóvenes voces entonando aquel motete de Josquin Després, el Príncipe de la Música...

Queda abstraída tarareando.

Carlos y Leonor, hijos, cuánto me alegro de veros, ¿me entendéis? ¿Entendéis mi lengua? Apenas os reconozco. Pero ¿sois mis hijos? Dadme un abrazo y cantemos, cantemos juntos...

Esto es lo que dispongo: que mi hijo Carlos asuma el gobierno de todos mis reinos.

Pobre Carlos...

Carlos, has de saber que tu madre, aunque no lo parezca, es la más responsable de las reinas porque se desentiende de su corona y de las supuestas prebendas que esta trae consigo. Algún día lo entenderás, mi buen Carlos. De momento haz que el mundo incline su cerviz ante tu presencia. Eres varón y primogénito, alientas esas ambiciones, qué diferentes a las de tu hermana pequeña, Catalina, ahí la tienes con sus once años recién cumplidos, tan apegada a mí... Apenas sale de su habitación, sobre todo últimamente que le han abierto un ventanal y puede ver las puestas de sol en Castilla y a los niños de la villa jugando en la explanada... Catalina se divierte echándoles monedas de plata. Es feliz...

Sí, sí es feliz, no me discutas eso, Carlos.

Y ahora, tal como has pedido, preparémonos para asistir al funeral de tu padre.

JUANA *en el funeral del rey Felipe celebrado en el convento de Santa Clara.*

Buen viaje, hijo. No te olvides de nosotros, tus súbditos del Sur.

Pero antes...

Súbitamente muy alterada.

Espera Carlos, hijo, antes de marchar líbrame de estas sirvientas que me zahieren, de estos carceleros que dicen estar a mi cuidado y en realidad son mis verdugos, de estas alimañas...

Carlos, Carlos, se quieren llevar a Catalina, tu hermana...

Carlos, Carlos...

Qué lejos estás, hijo...

Esta tierra también es fría, pero el frío de Castilla es diferente al de Flandes; el frío en Castilla es la postrera exhalación de los cementerios. Es un frío mudo que anuncia el silencio eterno que nos espera.

Los inviernos en esta tierra castellana se hacen largos y tediosos...

Solo cuando nieva recuerdo aquellos días en Flandes y no sé si me pongo alegre, porque pienso que tal vez existe otro destino además de la fría piedra castellana tan severa e inexorable.

Y el último verano ha sido seco y riguroso, dicen que ha traído la peste.

¿Será el tiempo capaz de borrar nuestros pecados algún día?

Ya, ya sé, solo el Altísimo... El último día...

Padre, ¿usted cree que hay pecados que no los puede borrar ningún ser humano aunque, como sacerdote, haya sido designado intermediario de nuestro Señor?

Ya, ya sé su respuesta, no me malinterprete; le repito que no soy luterana. No podría soportar el peso de la Culpa, terrible mazmorra. La memoria va edificando sillar a sillar una torre oscura en la que encerramos el alma. Y termina convirtiéndonos en los más implacables jueces. Dictamos la sentencia de nuestra propia aniquilación. Y la vida entonces nos duele porque sigue ahí, esperando tenazmente, a pesar de haberle cegado todas las puertas y ventanas. Allí permanece hora tras hora, año tras año... La vida descomponiéndose en una mortaja como el cuerpo de mi esposo. Embalsamada y sin corazón. Sufrí la tentación de romper este cautiverio, de convertirme en la poderosa reina de Castilla cuando vino esa gente a visitarme aquejada por las afrentas de mi hijo y de su séquito de extranjeros... Me expusieron un memorial de agravios mientras me informaban de casos que debía haber conocido, me informaron de la muerte de mi padre sucedida bastante tiempo atrás... ¿Por qué nadie me dijo nada?

Silencio.

No cedí a la tentación. Cómo iba a perjudicar a mi hijo Carlos poniéndome del lado de esos infortunados.

Recé por sus almas cuando fueron ajusticiados.

No cedí a la tentación. Me mantuve en esta clausura hasta el día de hoy.

Un confinamiento que llegó a hacerse insoportable cuando me arrebataron a Catalina para casarla con el infante de Portugal. Cosas de mi hijo Carlos: las malditas razones de Estado.

Le perdono. También a mi nieto, que os ha hecho venir a indagar si su abuela está endemoniada o, cosa aún peor para él, si he sentido alguna inclinación hacia el luteranismo. Y eso porque nunca he querido confesarme, pues aquí tiene padre, mi confesión. ...

Mi nieto podrá dormir tranquilo y yo, padre, también podré hacerlo

cuando sea capaz de confesarlo todo... Escúcheme bien, padre:

No sabe cuánto llegué a odiar a Felipe, sobre todo cuando se convirtió en rey, tanto como llegué a desearlo. La báscula se inclinó definitivamente hacia el aborrecimiento cuando se enfrentó abiertamente con mi padre. Aunque nunca hubiera imaginado que él, mi padre...

Cuando me informaron de que había recurrido a su boticario portugués para acabar con la vida de su yerno, no di crédito a lo que me parecían las consabidas maledicencias de la plebe. Pero los rumores seguían propagándose...

Finalmente decidí preguntárselo directamente a él, a mi padre, el rey Fernando.

Tras guardar silencio mirándome fijamente dijo: «la hija de un rey tiene que estar con su padre y con el rey». No dijo más.

Entonces no quise entender lo que en el fondo tan bien había entendido. Y me rebelé. Y quise vagar con el cuerpo insepulto de mi marido como la más insondable de las protestas.

Quedé encerrada entre poderosos sentimientos hacia mi difunto esposo y, sobre todo, hacia mi padre... Mi padre, del que no supe nada en tanto tiempo... No supe de su muerte...

Oficialmente estaba loca...

Me estaban volviendo loca...

Porque somos espejos que devolvemos la imagen que se espera de nosotros. Y de mí, se ha esperado tanto... y yo les he complacido, porque, efectivamente, no he querido formar parte del mundo, de su mundo, del mundo de los cuerdos.

Esta es mi confesión, padre, absuélvanme si lo tiene a bien y en cuanto a la penitencia... qué quiere que le diga...

Está empezando a llover.

La lluvia, qué bendición.

Y el sonido de la música.

Qué hermoso príncipe...

Queda en éxtasis recibiendo la lluvia imaginaria al tiempo que se deja oír un motete de Josquin des Prés, el Príncipe de la Música.